

LIBROS EN LOS OJOS.

Del feudalismo a la difícil modernidad.

Martha Nasibù, *Memorie di una principessa etiope*, BEAT (Biblioteca Editori Associati di Tascabili), Padova 2012, 254 pp., 8 pp. de fotografías.

Si alguna lectura me ha resultado grata y suave y al mismo tiempo dramática, es la de estas páginas memoriales de una princesa de la familia imperial de Etiopía. Por su vida pasaron no sólo situaciones cambiantes propias de una posición y autoridad delineadas con claridad en una sociedad rural asentada en el sistema feudal, sino la problemática política global del siglo pasado que en este caso implicó al colonialismo fascista italiano y sus sueños imperiales.

La narración construye con preciosismo ambientes remotos en el espacio y el tiempo con precisión de detalles tanto exteriores (el paso de las estaciones, las noches de luna y de nubes móviles, las festividades populares) como interiores (la decoración de los palacios, las reglas de etiqueta que debían seguirse al pie de la letra.)

Empieza su relato en el siglo XIX, hablando de su abuelo, apuesto oficial del ejército imperial ruso que llegó con una misión sanitaria invitado por el emperador Menelek. El oficial Babitcheff se asentó en Etiopía como terrateniente y se casó ahí. Su hija Atzede se casó con un militar cercano al emperador etíope el degiac¹ Nasibù. Estos fueron los padres de Martha, abiertos a los rasgos de la vida cosmopolita pero arraigados en el estilo de vida tradicional. La descripción del ambiente, que del ámbito doméstico se derivaba a la sociedad y a su estructura duradera la hace la escritora a partir de sus raíces: “[...] El pueblo etíope está anclado en una religiosidad milenaria que lleva al cristianismo del siglo IV. La vida del etíope copto-ortodoxo está regida cotidianamente de las normas y las enseñanzas contenidas en el Viejo y Nuevo Testamentos, en particular en los Evangelios sinópticos y algunos apócrifos.

“La oración a Dios creador está en la base de la vida intelectual y colectiva. Para todo se implora la ayuda de Jesucristo, la intercesión de la Virgen, de los santos, de los ángeles y los arcángeles, en primer lugar Miguel y Rafael.

“El ayuno prescrito por la Iglesia se observa con gran devoción por la mayor parte del pueblo en varios períodos del año. No se come carne ni ningún producto animal a

¹ Alto grado militar concedido al jefe de las incursiones exteriores del ejército o la defensa en caso de invasión extranjera.

excepción del pescado los miércoles, porque fue el día en que Judas traicionó a Jesús y el viernes porque fue el día de la crucifixión. Existe también ‘el ayuno de los apóstoles’ de cuarenta días durante el cual se honra al Espíritu Santo y ‘el ayuno de la Virgen’, que dura dieciséis días.

“Los miembros del clero eran muy respetados por ser los únicos intermediarios entre los fieles y Dios; ante ellos se inclinaban aun los personajes más poderosos del imperio.

“A nivel social el comportamiento del etíope se inspira en numerosas y refinadas normas de educación. Es común en todos los niveles un comportamiento mesurado, que deriva de una buena educación inculcada desde la más tierna infancia junto con la enseñanza de los valores cristianos. A los pequeños se les enseña el temor de Dios y el respeto a los mayores aunque les lleven sólo un año. Los jóvenes deben levantarse e inclinarse en presencia de los adultos y mostrar mayor deferencia hacia los ancianos. El joven llamará a los adultos, *abbabà*, padre, y *emammà*, madre; *gashè*, mi escudo, al hermano mayor o al amigo y *eheti-yé*, hermana mía o *eheté-abeba*, hermana flor a la hermana. El saludo se acompaña siempre de inclinaciones profundas y de alabanzas al Dios creador.”²

Casi cien páginas están dedicadas a descripciones llenas de color acerca de la vida social y de la vida familiar envuelta en tradiciones. Los recuerdos de la dulzura de la madre, de los ensayos fallidos del hermano mayor por ejercer la autoridad con la servidumbre, pero sobre todo la admiración por su padre, hombre de fuerte personalidad, arraigado patriotismo y definida fidelidad al emperador Haile Selassie dan contenido al texto y calidez a su lectura: “[...] Recuerdo todavía el día en que nuestro padre nos llevó a la parte más alta de la ciudad para hacernos admirar la belleza del valle, donde brillaba Addis Abeba inmersa en un mar de eucaliptos coronada a lo lejos de la cima de las montañas de un intenso azul oscuro...levantó los brazos y dijo: ‘¡Hijos míos, esta es nuestra patria, ámenla y estén siempre listos para defenderla!’”³

La milenaria vida de Etiopía de pronto recibió un golpe mortal: la Italia de Mussolini invadió el país en octubre de 1935. A pesar de que en la Sociedad de las Naciones se había condenado esta acción (México tuvo en ello una actuación ejemplar), algunos países, entre ellos Inglaterra y Francia actuaron hipócritamente pues impusieron un embargo de armas tanto para Italia como para Etiopía en detrimento de la posibilidad de defensa de ésta, pues Italia tenía forma de fabricar armamento de manera autónoma. A

² Pp. 25s. En italiano. Traducción mía.

³ P. 110. En italiano. Traducción mía.

pesar, pues, de las protestas internacionales y de la estrategia de defensa de la élite militar etíope, la superioridad del ejército fascista y el uso abusivo de gases tóxicos fueron factores que llevaron a la consumación de la invasión italiana. El 4 de mayo de 1936 cayó la capital.

Estos hechos afectaron a toda la población, pero de un modo especial a la clase dirigente. La familia Nasibù, por principio de cuentas tuvo que abandonar su lugar de residencia e irse a la casa del abuelo. El degiac, después de luchar en la región de Ogaden donde quedó con los pulmones dañados por la respiración del gas venenoso se dedicó, por encargo de Haile Selassie, a realizar contactos políticos sobre todo en Inglaterra y en Suiza, en la Sociedad de las Naciones: “[...] amargado cuando le fueron retiradas las sanciones a Italia,⁴ por el rechazo explícito de Inglaterra de enviar armas a Etiopía y por el sabotaje del gobierno francés que bloqueó todo envío de armamento...desilusionado y enfermo fue a recuperarse a Davos.”⁵ Ahí falleció el 16 de octubre de 1936 a consecuencia del envenenamiento sufrido: “[...] desde la ventana de su habitación, mi padre vio al sol ocultarse tras los oscuros perfiles de las montañas suizas que le recordaron las montañas majestuosas y salvajes de su país.”⁶

Para la princesa Martha, entonces de cinco años, esa realidad que la golpeó fue casi inmediatamente seguida por las experiencias del destierro. Sus ojos de niña, sin embargo, se fascinaron de las luces del barco en el que fueron llevadas varias familias prominentes del imperio etíope y sobre todo por la vista del imponente Mediterráneo, vía de comunicación y cercanía y escenario también de distancias. El gobierno fascista había decidido decapitar a la aristocracia abisinia y un “destierro dorado” le tocó a quienes eran gente de paz, pues no pocos fueron ejecutados. La familia Nasibù fue llevada a residir a Nápoles donde gozó de una relativa libertad bajo la mirada consante de la policía fascista y pudieron los niños continuar sus estudios (Martha en el Colegio del Sagrado Corazón). La princesa Atzede recibía una pensión económica para vivir al modo de la clase media modesta. Sin embargo, un cambio repentino en los vaivenes políticos los trasladó un poco de tiempo al desierto de Túnez. Tras una breve estancia en Trípoli y en Rodas, se les permitió volver a Italia cuando había ya comenzado la guerra

⁴ En esta sesión, después de manifestar la postura de nuestro país, el representante mexicano Marte R. Gómez se retiró en señal de protesta. Una referencia suficientemente amplia a la actuación mexicana en este caso: Mario Ojeda Revah, *México en el mundo*, en: *México. Mirando hacia adentro, 1930-1960*, Fundación Mapfre/ Taurus, Madrid 2012, pp. 121s. En 1954 el emperador etíope visitó México y en su discurso oficial hizo referencia a estos actos solidarios.

⁵ P. 138.

⁶ Pp. 139s.

y se establecieron en Trento. Aunque tuvieron la oportunidad de regresar a Etiopía –y así lo hicieron algunos parientes-- la madre no sentía que esto fuese lo mejor para sus hijos, pues en Addis Abeba, tratando de darle a la ciudad un aspecto italiano, se había establecido un “ghetto” para los etíopes, a donde sin duda habrían tenido que ir.

En Italia se desarrollaron los sentimientos de la princesa, sus amistades y algo que pudo ser noviazgo y al mismo tiempo se dio cuenta de la dureza del racismo, pues su alcurnia no le cambió el color de su piel y fue víctima de esos prejuicios.

Antes del término de la guerra, Etiopía recobró su soberanía. Haile Selassie regresó y se mostró benigno con quienes habían sido sus invasores: “[...] No paguemos mal por mal.” Los Nasibù, sin embargo, no pudieron moverse de Italia y sufrieron muchas privaciones: “[...] el hambre y el frío fueron nuestros peores enemigos”⁷ y, además, los sobresaltos de los bombardeos aliados. No obstante, contaron con la hospitalidad de aldeanos sencillos en varios poblados y cuando se fueron a vivir a Florencia se encontraron con una comunidad de rusos, casi todos sobrevivientes de la aristocracia zarista y fueron acogidos en la Iglesia ortodoxa, cuyo párroco era un antiguo príncipe, el padre Kourakin, que había conocido al abuelo en San Petesburgo.

La liberación de Italia en 1944 los encontró en Florencia y en su traslado a Roma. Ahí se les reconoció su dignidad, recibieron una compensación económica y pudieron tener tranquilidad. Fueron recibidos por el príncipe Humberto de Saboya, lugarteniente del reino y poco después en audiencia por el Papa Pío XII: “[...] Fue el momento mágico que rubricó nuestra rehabilitación y el reconocimiento de nuestra identidad de ciudadanos libres y buenos cristianos...El Papa y nuestra madre intercambiaron unas pocas palabras. Nosotros estábamos tan emocionados que no encontramos palabras qué decirle. El pontífice nos bendijo y nos retiramos sintiéndonos enriquecidos e invadidos de un sentimiento de profunda paz.”⁸

La princesa regresó a Etiopía, donde fue reconocida su familia por el emperador y ella perseguida por cuarenta pretendientes, entre los cuales destacó un viejo terrateniente que, como fue rechazado, amenazó raptarla. Ella prefirió entonces regresar a Europa a estudiar en Ginebra. Uno de sus primeros viajes en Suiza fue a Davos a la tumba de su padre.

“[...] El resto de mi vida es otra historia...Actualmente vivo en Franciam en Perpignan, no lejos de la frontera con España, entre la naturaleza salvaje de los Pirineos

⁷ P. 192.

⁸ P. 224.

Orientales. Los paisajes de las alturas del Albères a los pies del monte Le Canigou, me recuerdan a Etiopía, lejana ahora, pero siempre presente en mi alma.”⁹

Los efectos en las vidas y en la fisonomía social y cultural de no pocas naciones en el siglo XX fueron drásticos y en no pocas ocasiones crueles. El peso de las ambiciones políticas imperialistas y los efectos de las guerras, cada vez más precisas en su capacidad de destrucción, forman la hoja negra de la historia de estos tiempos aún cercanos. Esta narración escrita sin amargura por una mujer de la aristocracia abisinia da más de un elemento para penetrar en esos efectos que han creado, al impedir el desarrollo autónomo de los países enraizados en viejas tradiciones, zonas conflictivas y desigualdades desconocidas en el avance ambiguo de la difícil modernidad. El impreciso concepto de “Tercer Mundo” se les ha aplicado, pero poco dice de los efectos humanos del trazo sinuoso de la historia mundial.

Cierta especial fascinación produce la narrativa que hace referencia a sobrevivientes de las viejas monarquías. Al leer estas páginas no puede dejar de recordar el amplio relato un poco más adicionado de elementos de ficción sobre una hija del último sultán otomano –la princesa Selma-- que residió en París en medio de un ambiente de exotismo muy apreciado por sus amistades, que incluía un auténtico eunuco.¹⁰ Sin embargo, lo que pasó a las familias de la aristocracia abisinia es historia y poco más.

Para la princesa Martha Nasibù la visión de la grandeza de las altas montañas fue el vínculo que hiló la continuidad de una vida que de otra manera se hubiera fragmentado. Esa delicada sensibilidad le permitió también expresar su experiencia con palabras suaves y nítidas para gozo y reflexión de sus lectores.

Manuel Olimón Nolasco.

26 de junio de 2013.

⁹ P. 247.

¹⁰ Kenizé Mourad, *De parte de la princesa muerta*, Muchnik Editores, Barcelona 2000.